principal objeto: es preciso vivir, y para vivir, es preciso hacerse respetar. Nos encontramos en el caso de las personas que, despues de haber perdido la fortuna, la salud y la esperanza, se refugian en la familia, y entónces, cuando se ha sufrido, cuando se han visto los peligros de aquellos á quienes se ama, se advierte que el hogar doméstico es cosa tan noble, que parece no existe en el mundo más que la familia. Hé aquí lo que somos; para nosotros no existe más que Francia. El patriotismo ante todo.

Esta idea me inspira una triste reflexion. El pasado siglo ha visto la caida de un pueblo generoso, el pueblo polaco. El primer reparto de este pueblo indignó á Europa, pero la indignacion no impidió que se consumara el segundo. Polonia nunca tuvo ejército. Su fuerza la constituian los señores con sus vasallos, formando partidos, siempre en guerra, que, con sus vanas querellas, entregaron al extranjero la dividida patria. No existia allí esa unidad, esa forma visible de la patria que se llama ejército. Hoy el ejército tiene la inmensa fortuna de estar por encima de los partidos. Por ello no puedo ver pasar un regimiento con su música al frente, sin exhalar un suspiro de dolor, preguntándome ¿por qué no imitamos esta poderosa unidad; porque han de existir siempre las divisiones y los partidos, olvidando que, en la última guerra, todos teníamos una sola bandera, la bandera de la patria? ¿No podemos tener en la vida civil ese patriotismo que, al través de todos nuestros desastres, nos ha valido al ménos luchar hasta el fin y caer con honor.

Ya veis, señoras, las que habeis aceptado el trabajo de recoger los donativos para la biblioteca del ejército, el interés que debe inspirar esta buena obra. Se os encuentra en todas partes donde hay algun bien que hacer; olvidais vuestros intereses por los de los demas; pero ahora se trata de vosotras y de nosotros. Dentro de algunos años, dentro acaso de algunos meses, no habrá ni una sola de vosotras que no tenga en el ejército un hermano, un marido, un padre. Ayudémosles á que la vida en el ejército se aproxime, en cuanto sea posible, á la vida de familia, conservándoles los sentimientos generosos y los nobles afectos. Al pedir su dinero á los caballeros, pedís un poco para vosotras, un poco para los que amais y para esta Francia objeto de todo nuestro cariño. Hoy, en medio de nuestra desventura, sólo debemos pensar en revivir la nacion francesa: el ejército debe ser la gran preocupacion de la patria. Insistid diciendo á estos caballeros, que si es bueno aliviar las miserias físicas, tambien hay que mitigar grandes sufrimientos morales. El pobre soldado, que tan difícilmente se habitúa á la vida militar, encuentra en las bibliotecas libros, plumas, papel, un amigo con quien conversar y con quien busca y encuentra un libro que les habla de su tierra. Se trata, pues, de hacer un bien, y cuento con vosotras.

Nosotros, señores, creo que nos volveremos á ver en este terreno, y bueno será tratar con frecuencia de estas consoladoras ideas, estrechando cada vez más los lazos que unen al ejército con la nacion. No cesemos en prodigar nuestros cuidados á esos soldados que viven á la sombra de la bandera francesa, y que, más instruidos y más sensatos que nosotros, se habitúan allí á la disciplina, á la obediencia y al respeto. Puesto que el Ministro de la Guerra ha enviado aquí persona que le represente, llévele ella el testimonio de nuestras aspiraciones, repitiéndole el doble grito que resume todo nuestro amor, todas nuestras esperanzas. ¡Viva el ejército! ¡Viva la Francia!

EDUARDO LABOULAYE.

(Revue politique et literaire.)

NATACHA.

(Continuacion.) *

He notado que las posturas de sol á orillas de los lagos, con sus inflamados horizontes, sus diáfanas brumas, sus sonrosados reflejos que por todos lados se encienden, hasta en el rostro de la mujer cuyo vestido se roza al paso, eran positivamente un elemento poco favorable al ingenio. La influencia de todas estas cosas es enervante y deletérea. Hay en los reflejos del agua que se duerme, en ese vago perfume del rocío y de las flores que se abren al anochecer, algo que entorpece las facultades activas y predispone á esa pereza del alma que se llama ensueño *(reverie)*, palabra que detesto, y mucho más lo que expresa. No sé qué inexplicable feliz tranquilidad se infiltra en las venas. El cerebro, en vez de producir ideas, se contenta con sensaciones, y de tal modo se naturaliza uno en los espacios imaginarios, que las locuras más extrañas parecen de pronto extraordinariamente naturales. Por fortuna mi compañera es la mujer más razonable del mundo, sin que física ni moralmente tenga nada que choque á los ojos ni al espíritu. Su voz algo grave, pero de dulcísimo timbre, se oye con el agrado de una música acompasada. Sus pensamientos son tranquilos y trasparentes como el cútis de su rostro; muy poco entusiasmo, ninguna coquetería y ni la nocion más pequeña de ese arte de valerse del doble sentido de las palabras y de las ideas á que tan impropiamente se llama ingenio. ¿Puede encontrarse mujer más ideal?

Analiza poco; sobre todo jamás se analiza á sí misma, y mira todas las cosas con la tranquilidad

* Véase el número anterior.

de quien no veó no quiere ver más que la superficie. Ni siquiera razona sus afectos, yendo derecha al objeto, sin evaporarse en el camino. Ama á su hijo sobre todas las cosas, y tambien á ese sér poco amable que se llama el general V..., y, como este hombre es de lo más insignificante que puede encontrarse, creo que el único, aunque poderosísimo título á sus ojos para amarle, es el de ser su marido. ¿Quién sabe? Quizá tenga muchas virtudes domésticas. Creo que es muy buen padre.

A las dos ó tres vueltas por la alameda Mr. V... ordinariamente nos abandona y va á fumar un cigarro en el jardin de la fonda en compañía de los demas huéspedes. A todos les trata, porque otra de sus cualidades es la de ser muy comunicativo. Su partida en nada altera el tono de nuestra conversacion, siendo Mme. de V... la primera mujer que encuentro en quien nada influya la presencia ó la ausencia de su marido. En sus entrevistas á solas con los hombres tienen todas las mujeres, hasta las más severas, una especie de turbacion producida por alguna idea oculta. Sea desconfianza, sea embarazo, lo cierto es que la cosa existe, y que es necio quien no la aprovecha. Además, el hecho solo de ponerse á la defensiva autoriza el ataque; pero imagínese una persona que ni siquiera piensa en defenderse, porque no le ocurre la idea de que puede ser atacada, y adiós atrevimiento.

Mme. de V... con el aspecto digno y tranquilo que le hace tan bella, no imagina que un hombre le pueda hablar á solas de otro modo que delante de cien personas. Esta singularidad me chocó tanto que un dia le dije sonriendo:

—Estoy seguro de que nádie se ha atrevido á dirigiros una declaracion algo formal.

—¿Una declaracion?—Y fijó en mí admirada la luz de sus ingénuos ojos.—Seguramente; ¿y para qué habian de dirigírmela?

Creí ver en aquel momento en el fondo de su conciencia, donde no habia un nombre ni un recuerdo, teniendo la pura y fria limpieza del manantial que surte de la roca. Me incliné con el corazon hasta postrarme.

Durante la conversacion, el general volvió, y desde léjos me dijo:

—Decididamente me parece el Martini superior al Chassepot. ¿Qué opinais vos?

—¿Qué he de opinar? mi general. Yo no tengo ideas fijas sobre este asunto de vuestra competencia.

Sacó entónces la cartera y el lapiz y pronunció una disertacion sobre las condiciones de ámbos sistemas. Mme. de V... se apoyó en su brazo y nos dirigimos lentamente hácia la fonda.

Al presentarse las primeras estrellas en el cielo todo el mundo se separa. Mme. de V... va á acostar á su hijo. Ordinariamente me reuno con el general en el salon de lectura, donde jugamos una partida, ó bien me detiene al verme Mme. Diloir, y entónces paso la noche sentado detrás de su butaca, hablando y aspirando el *west-end* de que su abanico perfuma la atmósfera á seis metros de distancia.

Esta Mme. Diloir tiene la rareza de decir sin pestañear ni molestarse en buscar rodeos, las cosas más inesperadas; esto no impide que el marqués español esté perdidamente enamorado de ella y que lo demuestre con resolucion, en lo cual no es torpe, pero hace una cosa que en su lugar no haria yo. Me detesta, lo más políticamente del mundo, es verdad, pero me detesta; y lo cierto es que, áun cuando Mme. Diloir fuera mil veces más bella de lo que es y me hiciera un millon de coqueterías más de las que me hace, yo no pensaria en ponerle un dedo encima.

Dias pasados tuvo la singular idea de tratar á Mme. de V... Habia excitado sin duda su curiosidad la distincion, ó acaso la extraordinaria reserva de aquella jóven, que vivia en una fonda más retirada que un ermitaño. Fui preferido para auxiliarla en tan delicado asunto; pero, desconfiando del exito, á pesar de la oportunidad de su deseo, no quiso hacer las gestiones por sí misma, y con la mayor prudencia las encargó á su editor responsable.

—Señor conde—dijo M. Diloir, acercándoseme; por qué este personaje, que lleva la pechera llena de diamantes, habla como un doméstico;—puesto que sois aquí el único que trata á esa dama rusa ¿quisiérais presentarme á ella?

—¿Qué dama rusa, amigo mio? conozco varias.

Nombró entónces á Mme. de V..., y le contesté que no tenia con ella intimidad para presentarle á nádie.

—Sin embargo—insistió,—¿si quisiérais?...

—Con mucho gusto lo haria, M. Diloir, pero no depende de mí.

Conociendo que mi contestacion era para él un chorro de agua fria, añadí:

—¿Puedo preguntaros, sin ser indiscreto, qué interés teneis en relacionaros con una persona que evidentemente quiere vivir retirada? porque habreis advertido que Mme. de V... en vez de buscar las relaciones, las evita.

—Eso es precisamente lo que yo decia—contestóme en tono confidencial;—pero á mi esposa le gusta mucho esa señora, y ha formado el proyecto de que, presentado yo, presente á ella despues.

—¡Ah! comprendo; la combinacion está bien hecha; pero siento infinito no poder serviros, á pesar de mi deseo. Podeis creer que lo siento.

Separéme de él dejándole algo mohino; y, de poder adivinar lo que iba á suceder, á guisa de reflexiones generales, le hubiese dado algunos consejos más terminantes, pero creí que una negativa pura y simple bastaba hasta para Mr. Diloir, y me engañé.

En la tarde del mismo dia, estando con Madame de V..., ví al general que venia hácia nosotros, trayendo á remolque á Mr. Diloir. Este desgraciado, dejándose aconsejar de su necedad, habia descubierto que valia más dirigirse á Dios que á los santos, y presentado su solicitud al general, quien, con su sencillez acostumbrada, no vió inconveniente alguno en acogerla. Acercáronse al banco donde estaba sentada Mme. de V... El general demostraba no tener idea de la tontería que iba á cometer; y yo, maldiciendo mi imprevision, no podia contener la risa, porque el personaje tenia un aspecto completamente grotesco cuando, hecha una reverencia maravillosa, permaneció mudo y cortado delante de Mme. de V...

—Vamos—dije para mí,—la alegría le quita el uso de la palabra; no hablará, y eso ganamos. ¡Craso error!

Mr. Diloir era bastante obtuso para comprender la orgullosa actitud de Mme. de V... y acaso juzgaba timidez su silencio. Repuesto de su primera turbacion, sentóse con el mayor desembarazo y empezó á referir no sé qué aventura cuyos detalles, bastante libres, acababa de leer en un periódico.

Fácilmente se comprenderán las sensaciones de Mme. de V... ante el buen gusto del recien llegado. Ruborizóse, miró á su marido que, encontrando la broma excelente, reia á carcajadas, y, apelando al último extremo, volvió la vista hácia mí, como diciéndome: «¿Vos, al ménos, no me librareis de esta conversacion?»

Y la libré; debo confesar que Mr. Diloir estuvo dócil, y que, sin gran trabajo, le hice entrar por sendero ménos escabroso.

Al dia siguiente encontré á Mme. de V...

—Mil gracias, caballero—me dijo,—por el buen servicio que me hicísteis ayer. He debido pareceros muy torpe, pero confieso que soy ridículamente tímida.

—No seria fácil sospecharlo, porque puedo aseguraros que, al contrario, teníais una actitud imponente.

—Os burlais de mí—contestó sonriendo,—y teneis razon, porque debia pareceros una colegiala. Lo que me admira es que esos tipos tengan el privilegio de intimidar, miéntras que...

Buscaba las palabras y quizá titubeaba en pronunciarlas, previendo el sentido exacto de la idea.

—¿Quereis que termine la frase? Miéntras que á otros hombres que no se parecen á Mr. Diloir, les sucede lo contrario; se dejan intimidar. No es esto.

Una ligera nube de rosa pasó por su rostro.

—Pues bien, señora, la explicacion es sencillísima. Figuraos á Ciceron arengando á los Scitas; perderia el trabajo, y probablemente la cabeza. ¿Cómo quereis que el convencimiento íntimo de esta situacion no hiele la sangre en las venas? La superioridad delicada de la mujer necesita, para imponerse, el convencimiento de ser comprendida.

—Veo,—dijo,—que he hecho lo que aquel, que, por evitar la lluvia, se arroja al rio. No queriendo parecer torpe parezco algo peor, aduladora.

En fin, puedo asegurarte que no estoy enamorado de esta mujer; pero ¿hubiera podido estarlo? Cuando me lo pregunto, involuntariamente recuerdo mi bella juventud perdida. Mis cabellos son negros, mi paso firme, y las fechas del calendario me aseguran que todavía estoy en la edad de la juventud; pero interiormente me siento más viejo que Matusalen.

Aquí, á mi vista, á mi lado vive y se agita la criatura que habia soñado á los veinte años, y mis ojos no la reconocieron en seguida, y mi corazon no experimentó el menor sobresalto. He necesitado estudiar, detallar, desmontar, por decirlo así, pieza á pieza la realidad, y compararla á la poética ilusion que tanto tiempo alimentaba, para saber que era ella. ¡Ah! ¡Por qué no la ví cuando, embriagado por los primeros vapores de la vida que subian á mi cerebro, como suben los del vino espirituoso, la presentia y la llamaba, extendiendo mis brazos en el vacío! La embriaguez ha pasado ya, y estoy tan desilusionado como aquel á quien se le prueba que busca el camino de la luna. He encontrado viva la mujer que mi imaginacion habia creado para mí sólo, modelándola en la sustancia más pura de mis pensamientos, y no se ha conmovido ninguna de mis fibras. La admiro como obra maestra, pero no sabria amarla.

No, no la amo, y sin embargo, cuando miro sus ojos, veo pasar por ellos reflejos que no sé explicarme, y que me turban, como el vago encanto de un ensueño. ¿Qué hay en el fondo de esta alma que creia conocer tan bien y de la que acaso sólo he visto la superficie? ¿Lo sabe ella misma? ¿Bajo aquella serenidad aparente se oculta acaso la llama viva de un corazon que despertará algun dia? ¿Será tan fuerte ó tan débil que recorra el camino de la vida sin conocer la pasion?

Acaso no sepa nunca la solucion de este problema temeroso, porque pienso marchar de aquí

dentro de pocos dias. Para el caso imprevisto de que me aburra más que habitualmente, tengo un proyecto. El dia ménos pensado caemos, como llovidos del cielo, mi *spleen* y yo en tu casa del Japon. Aburrirse aquí ó allá tanto monta, y al ménos tendré la satisfaccion de oirte predicarme. En los ratos perdidos cazaremos. Decididamente es buena idea.

Hasta la vista, amigo mio.

II.

12 de Setiembre.

¿La dicha puede tambien llamarse fatalidad? Júzgalo por mí, amigo mio. Momentos hay de tanta turbacion para el ánimo, que no podemos ver claro en la conciencia, y á la hora en que te escribo, acaba de sufrir la mia profunda é inesperada emocion que forma crisis decisiva en mi vida.

Víspera era anteayer del dia fijado para mi marcha, y celebrábase el aniversario de no sé qué fiesta; por la noche, y para presenciar cómodamente una funcion de fuegos artificiales, las personas que habitan en la fonda habian subido á la terraza del edificio, encontrándose allí unos quince espectadores.

Verificábase esta funcion segun el programa acostumbrado, y cohetes, para-caidas, candelas romanas y estrellas giratorias, desfilaban sucesivamente á nuestra vista. Inmensas luces de bengala iluminaron el último término, hasta las crestas de las rocas, poniendo fin á la fiesta, con gran satisfaccion de cuantos preferian una noche de verano trasparente y embalsamada, al ruidoso espectáculo de los fuegos.

Cuando estalló el último petardo del ramillete final, todos los huéspedes empezaron á ponderar á coro la belleza de la noche, que, gracias al contraste, parecia más bella y más serena. De esta explosion de entusiasmo nació una idea bastante original. Alguien propuso aguardar sobre la terraza, cuyo panorama era magnífico, la salida del sol. La proposicion fué acogida y votada por unanimidad.

Al cabo de algunos minutos se habia improvisado un vivac. Subieron chales para las señoras y butacas y colchones que, puestos unos sobre otros, y cubiertos con mantas, formaban otomanas bastante cómodas. Arreglada así la cosa, y sin más claridad que las de las estrellas, la terraza se parecia al puente de un gran buque. Las altas chimeneas eran los mástiles, el pretil la obra muerta, y un huésped meditabundo, apartado de los demas, cuya figura se destacaba confusamente, completaba la ilusion, representando al oficial de guardia sobre la toldilla. Hacia algunas reflexiones sobre esta comparacion á madame Diloir, que se disponia á bajar á su cuarto, temiendo sin duda que una noche en vela marchitara las rosas de sus mejillas, cuando oí que me llamaba Mr. de V..., que tambien tomaba el camino de su estancia.

—¿Os quedais?—me dijo.

—Sí, general.

—¿Os servirá de molestia acompañar á mi esposa durante algunas horas? Desea ver la salida del sol; yo estaria á su lado con mucho gusto, pero, francamente, á mi edad y con mi reumatismo... pasar la noche en claro...

El reumatismo del general era vivo deseo de dormir, y así procuraba disimularlo. Me incliné ante Mme. de V... de ese modo que, en todos los idiomas del mundo, significa: «Disponed de mí.» A la luz del gas que iluminaba la escalera, sobre cuyos últimos peldaños nos encontrábamos, vi la indecision retratada en su semblante, sus finas cejas se aproximaban, pensando probablemente que el general la habia colocado con la mayor frescura en una posicion comprometida. Buscaba sin duda una fórmula política para negarse á permanecer en la terraza, pero, en el momento en que la punta de su pié se adelantaba al siguiente peldaño cambió de ideas, y, volviéndose hácia mí, dijo:

—¿De véras no os servirá de molestia, caballero?

—¡Señora!... ¡Una molestia inmensa!... ¡Figuraos que trabajo!...

—Siendo así, acepto sin más escrúpulos.

El general besó galantemente la mano de su mujer.—Hasta luego, Natacha—dijo,—y bajó la escalera.

Yo la conduje á su otomana algo separada de las demas, y puesta al abrigo de una chimenea.

—¿Natacha?—dije.—¿Qué significa esa palabra? ¿Es vuestro nombre en ruso? Recuerda las estepas y tiene vago perfume de poesía exótica.

—Haceis mal en creer mi nombre interesante, pues ninguno hay más comun en Rusia. Todas las mujeres se llaman Natalias.

—Lo siento sinceramente. Vuestro nombre debia pertenecer á vos sola. Si yo fuera el Czar obligaria á cambiar el nombre á todas las Natalias del imperio.

En nada se advierte tanto la diferencia que hay entre unas mujeres y otras, como en el modo de aceptar los homenajes de la galantería vulgar. Mme. de V... hace de ellos el menor caso posible, no adorando ni el incienso, ni su perfume, y recibiéndole con asustadizo encogimiento. Esto la hace más simpática. Cambié de conversacion, y, durante media hora, sólo hablé de sinfonías y melodías.

—A propósito—le dije,—¿por qué no tocais nunca, sintiendo tan bien la música?

En el gesto que hizo conocí que iba á contestarme:

—Puesto que nunca toco, ¿cómo lo sabeis?

—¡Ah! Os admira que haya hecho este descubrimiento. Pues es una historia que voy á referiros. Hace seis semanas, y durante una noche tempestuosa, estaba en mi balcon, cuando de pronto, al través del ruido de la tempestad, oí los acordes de un nocturno de Chopin. Presté atencion, porque adoro á Chopin, y porque le tocaban de un modo admirable. Figuraos si perderia una nota. Al cabo de algunos momentos la música cesó, y ví salir al balcon inmediato una mujer vestida de blanco, como una hada ó una aparicion dominada por poético ensueño. He vuelto á ver á la mujer, pero no he oido más la música.

—Ni la volvereis á oir, os lo aseguro,—dijo alegremente.—Además, yo no toco el piano; atropello algo las teclas para entretenerme cuando estoy sola, y á eso se limita mi habilidad. En cuanto á lo del ensueño es otra acusacion de que debo defenderme. Yo no soñaba en nada aquella noche, ni nunca.

—Entónces ¿en qué pensábais? ¿Acaso en la formacion geológica de las rocas que un rayo de luna, á lo *Salvator Rosa*, con tanta esplendidez iluminaba?

—¿Teneis empeño en saberlo? Pues bien; pensaba en mi hijo.

—¿Y acaso no es soñar pensar en los que amamos?

—Si lo interpretais de ese modo...

—Ya comprendo; no quereis convenir en que, como todo el mundo, teneis horas de melancolía.

—La melancolía es la poesía de las almas enfermas ó inspiradas, y la mia no se halla en ninguna de ambas situaciones.

Habia en este diálogo, á pesar del tono indiferente, no sé qué sentimiento indefinible, extraño hasta entónces á nuestras entrevistas. Ella lo conocia como yo, y lo conocia con secreto disgusto. Levantóse, dió algunos pasos hácia el pretil, permaneció silenciosa dos ó tres minutos, miró á lo léjos y empezó á pasear por la terraza, con su paso cadencioso, que hacia ondular la falda del vestido. Yo tambien me habia levantado y la acompañaba.

A pesar de mis repetidas tentativas para animar la conversacion, ésta languideció. Madame de V... parecia distraida, y yo muy poco ingenioso, por lo cual tácitamente convinimos en no comunicarnos nuestras recíprocas impresiones, siguiendo cada cual por su parte el curso de sus ideas. De pronto me preguntó mi opinion sobre un libro cuyo melancólico héroe llora su fatiga de vivir y su incapacidad para amar. Lo comparaba ella á Werther, y preguntándole yo por la rara intuicion que le permitia definir de un modo tan exacto sentimientos que jamás habia experimentado, me dijo:

—¿Acaso es indispensable sentir cuanto se sabe? ¿No hay multitud de cosas que se comprenden sin conocerlas?

—Seguramente... Por ejemplo, la felicidad. Todo el mundo comprende lo que es y nádie la conoce.

—¿De véras? Pues habia creido que la buena voluntad de las personas entraba por mucho en el hecho de creerse felices ó desventuradas; porque al fin la felicidad no está fuera de nosotros... Está...

Pareció que titubeaba.

—Continuad; os lo ruego. ¿Dónde está?

—Me parece que en nosotros mismos. La felicidad la constituyen los goces de la amistad y de la familia, accesibles á todo el mundo; es el sentimiento del deber realizado, es la conciencia de nuestra utilidad; es, sobre todo, la repulsion de los deseos egoistas.

Detúvose, temiendo parecer pretenciosa, y añadió sonriendo:

—No me llameis predicadora, puesto que vos mismo me habeis pedido mi profesion de fe.

—¡Qué ocurrencia, señora!... Al contrario, vuestra idea de la felicidad me admira como idea original digna de vos. Lo cierto es que no la colocais muy alta al decir que pertenece á todo el mundo. ¿Creeis de véras, que la generalidad de las personas entienden por felicidad la conciencia de un equilibrio íntimo que armonice los pensamientos y las acciones, los sentimientos y los deberes? La última consecuencia lógica de vuestra tésis consiste en ser una misma cosa feliz y buena... y en el pensamiento humano estas dos palabras significan casi siempre dos ideas. ¿Cómo las conciliais vos?.

—Acaso se engañe el pensamiento humano.

—Acaso; y eso es ya una concesion de vuestra parte.

—Oidme—dijo de un modo algo brusco,—soy franca; lo que he dicho de la felicidad es lo que creo que es algunas veces. En el fondo no sé si soy yo ó vos quien se equivoca. ¿Es esta tambien otra concesion?

Deseaba contestarle: «Es mucho más,» porque me parecia que se habia rendido demasiado pronto á mis argumentos, y lo sentia. Aquella noche no era la misma que otras veces, notándose en ella una excitacion nerviosa que no le era habitual. Aproximóse al pretil y se recostó sobre él.

En aquella actitud, envuelta en un chal blanco que le cubria los hombros y aprisionaba sus cruzados brazos, parecia á la Polymnia del Louvre, que, cubierta con su *peplum*, se apoya pensativa en el fuste de una columna.

—¡Qué bello paisaje!—dijo.

Entre dos picos de rocas acababa de aparecer la inmensa luna roja. Todo el cuadro se iluminó de pronto, viéndose como de dia. Mme. de V... continuaba mirando y parecia absorta.

Te aseguro bajo palabra de honor, amigo mio, que, al aceptar aquella entrevista, no sabia si la amaba; pero un vago temblor agitó mi cuerpo cuando, volviendo hácia mí su mirada, que venia de léjos, me dijo con su aspecto tranquilo:

—¿No lo admirais?

Apoyé ámbas manos en el pretil, é inclinándome un poco la miré en lo profundo de sus ojos.

—Hablamos de felicidad—le dije en voz baja.—¿Sois dichosa?

Conmovióse, y volvió un poco la cabeza.

—Sed franca conmigo... como hace un momento.

Tardó algunos instantes en contestarme, y despues, con voz lenta, como quien al hablar procura darse cuenta de sus ideas, dijo:

—Jamás me he preguntado si era ó no feliz. Ahora me lo pregunto, y creo que no lo sé.

—Yo lo sé—le dije bajando más la voz.—No habeis amado jamás, y la felicidad es el amor.

Dirigióme rápida mirada.

—¿Por qué me decís eso?

Su acento era breve; la expresion de su fisonomía habia cambiado de pronto, y sus facciones reflejaban inquieta sorpresa.

Vi el abismo que se abria á mis piés y se apoderó de mí el vértigo, sintiendo el desvarío de quien rueda por la pendiente de un espantoso precipicio. Con aterrados ojos media la extension del peligro é instintivamente buscaba punto de apoyo, asiendo la voluntad que se me escapaba. Llamé en mi ayuda al honor. Repetíame que, un paso más, seria una cobardía cometida contra una mujer cuyo corazon se turbaba. Debia defenderla contra mí, contra sí misma; pero ¿dónde encontrar la fuerza? Todas estas ideas pasaron como huracan por mi mente. Volvíme á ella, y le dije:

—Empieza á refrescar; temo que el frio os haga daño; podemos andar un poco. ¿Quereis apoyaros en mi brazo?

Se apoyó ligeramente, y dimos en silencio dos ó tres vueltas.

La disposicion de las paredes que cortaban la terraza era tal, que, aunque reunidas en corto trecho, no era fácil ver las personas de un vivac á otro; pero paseando á lo largo del pretil, veíanse sucesivamente los distintos grupos.

Casi todos los que habian quedado en la terraza para admirar la naturaleza dormian á pierna suelta. Sólo algunos jóvenes de ámbos sexos fumaban cigarrillos y hablaban en voz baja. No sé cómo me acuerdo de estos detalles, porque ni pensaba en ver, ni seguramente veia nada; pero, á causa de un extraño fenómeno, bastante comun, los objetos se fotografiaban en mi cerebro sin el concurso de mi voluntad, y encuentro en mi memoria los cuadros de aquella noche con tanta precision, cual si los hubiera observado con escrupuloso detenimiento.

Ocupadas entre sí, ninguna de aquellas personas se acordaba de nosotros. Ella y yo conocíamos nuestra soledad entre el estrellado cielo y aquella tierra admirablemente bella. Iluminado por la débil luz de la luna, el paisaje era una mansion de hadas. El encanto de aquella soledad me infundia pavor y me fascinaba. Al buscar en mis pensamientos, que no podia sujetar, una palabra vulgar ó indiferente que á los dos nos salvara, sólo encontré inexplicable turbacion; todo, hasta el silencio que guardábamos, tenia para nosotros elocuencia irresistible. A cada minuto íbamos perdiendo terreno en el mundo de la realidad, y el círculo mágico se estrechaba á nuestro alrededor.

Te juro, amigo mio, que he hecho lo imposible; que, con esfuerzo sobrehumano, procuraba hablar de cosas indiferentes.

Corrió una estrella en el firmamento.

—Ya sabeis—le dije,—que se debe desear algo cuando se ve correr una estrella. ¿Qué habeis deseado?

Una sonrisa casi imperceptible se dibujó en sus labios; quiso contestar, y en vez de hacerlo, sus ojos me miraron con una expresion en que se veia el miedo, mezclado á no sé qué vaga esperanza. Sentia que temblaba todo su cuerpo y que la oprimia una respiracion anhelosa. El último átomo de razon que me quedaba desapareció.

—Calmaos, os lo suplico, murmuré; y, perdiendo completamente la cabeza, cogí con mi mano la mano que en mi brazo se apoyaba.

Y al mismo tiempo, medio loco, me decia:

—¡Dios mio, Dios mio! ¡Qué va á suceder! ¡Qué es lo que hago! ¡A qué abismo voy á arrastrarla!

El impulso que me arrojaba por la pendiente era irresistible. La conduje á la otomana y me senté junto á ella. Sus manos, medio heladas, permanecian inertes entre las mias, y sus ojos, más grandes que nunca, me miraban enajenados.

Hay segundos que valen por siglos, y las emociones devoradoras que en ellos se sienten, no se

repiten jamás en la vida del hombre. Durante el cuarto de minuto que permanecimos así, el uno junto al otro, veia girar á mi alrededor todos los objetos, y centellear millares de metéoros. Me incliné hácia ella, la cogí en mis brazos y la estreché contra mi corazon. Creyéndome presa de un sueño, besaba sus cabellos, su frente, su cabeza, y un rápido beso ahogó en su boca un grito de espanto. No hay palabras para decir la embriaguez de aquel instante. Sentia materialmente que el alma me abandonaba, obedeciendo á un trastorno súbito y universal de todas las cosas. La tierra huia de mí, caia sobre nosotros el cielo, y sombrío torbellino, iluminado á veces con claridades deslumbradoras, nos arrastraba á mí y á ella, aprisionada en mis brazos.

En el primer momento se irguió al sentir el abrazo, pero en seguida, embriagada, vencida, palpitante, cayó desfallecida sobre mi pecho. La miré, estaba infinitamente bella. Un resplandor sobrehumano iluminaba su semblante, trasfigurándolo. La pasion habia estallado como el rayo en aquella alma vírgen, ignorante del amor y ni siquiera acostumbrada á soñar con él. Parecia tener nueva vida, cuyo poderoso aliento la alejaba de este mundo. Su cabeza, ligeramente inclinada sobre mi brazo, estaba radiante, dominándola un delirio de que no tenia conciencia. Sus ojos, cuyo color habia cambiado súbitamente, haciéndose más oscuro y profundo, brillaban como estrellas. Sentia bajo mi mano los latidos de su corazon, y sus labios ardientes y húmedos se entreabrian como para llamar á los mios. Fuera de mí, oia en las sienes la pulsacion de las artérias, y cuando mis labios, rozando la mejilla llegaron á su boca, la sensacion fué tan violenta que pareció dolorosa.

No sabia lo que iba á hacer. Sus manos, retorciéndose entre las mias, me quemaban como una llama. De pronto me rechazó débilmente, y observé en ella una palidez horrible. Sus brazos se aflojaron, cerráronse sus ojos, y cayó sin movimiento sobre el divan. Me arrodillé. La creia muerta. Recuerdo haberme dicho, con esa sangre fria que se tiene en las grandes crísis: «Si dentro de dos minutos no me habla, yo tambien moriré.» Pasé mi brazo por debajo de su cuello, y, á los pocos instantes, abrió los ojos, dirigiendo á su alrededor esa mirada vaga y asustada de las personas que recobran los sentidos. Aquella mirada que se detuvo un momento en mí, sin conocerme, causóme profundo dolor.

Poco á poco la vida fué volviendo á sus ojos, y, de rodillas junto á ella, con su cabeza apoyada en mi hombro y bañadas mis mejillas con sus cabellos, empecé á hablarle, acudiendo á mi boca las palabras como impetuoso torrente. Mi corazon, que siempre habia comprimido y ahogado, despertaba de pronto, encontrando, sin buscarlas, todas las frases propias de la infinita ternura, de la adoracion que aquella mujer me inspiraba. Cual si me lo hubiesen revelado, acababa de aprender el lenguaje de la pasion que sólo una vez en la vida se habla de corrido, balbuceándose apénas las demas. Ella me escuchaba sonriendo vagamente como si soñase, puestas sus dos pequeñas manos en una de las mias, que, de vez en cuando, estrechaba contra mis labios. Al verla recostada en mis brazos, experimentaba una felicidad tan grande, que no me atrevia á turbar con caricias más vivas la encantadora calma de aquel momento. A veces temblaba ligeramente su cuerpo; á veces un movimiento de cabeza arrojaba contra mi rostro su perfumada cabellera en desórden, y entónces corria por mis venas mortal languidez, murmuraba su nombre, y, besando enloquecido sus cabellos, permanecia muchos minutos sin poder proferir una palabra.

La corta noche tocaba á su fin. La luna se ocultaba por detrás de las grandes montañas. Un reflejo blanquecino en la extremidad del cielo anunciaba la salida del sol. No podiamos permanecer allí más tiempo, y, estrechándola más contra mi corazon, le dije que era preciso separarnos. Al parecer no comprendió bien el sentido de mis palabras, pero obedeció, como si sólo el impulso de mi voluntad la arrastrase. Levantóse y maquinalmente empezó á arreglar sus cabellos.

Sosteniéndola, casi llevándola, bajé con ella la escalera; andaba cual si fuese presa de una alucinacion, y cuando pude ver su rostro á la luz del gas me dió miedo. Pálida como el mármol, veíanse en lo alto de sus mejillas dos pequeñas manchas de color de rosa ardiente. Sus ojos secos y dilatados brillaban cual si tuviera fiebre. Habia en su belleza una especie de resplandor sobrenatural, como si el alma estuviera junto á la piel.

A pesar mio temblaba, conociendo que me era imposible dejarla. Una idea insensata pasó por mi imaginacion. Quise cogerla tal y como se hallaba y llevármela muy léjos; al fin del mundo.

—¿Quereis?—la dije, deteniéndome y mirándola fijamente á los ojos.

Creo que no estaba en mi cabal juicio. Afortunadamente ella no me comprendió.

Gracias á un poderoso esfuerzo de voluntad volví á ser dueño de mí. A la puerta de su habitacion la esperaba una doncella que dormia sentada en una silla, y que despertó al acercarnos. Era preciso que nos separásemos á la vista de aquella muchacha: sentia temblar sobre mi brazo la mano de Mme. de V... y temí una impruden-

cia. Estábamos á la entrada del corredor, y miéntras que la doncella, aún medio dormida, encendia con insegura mano una cerilla, acorté el paso, y en voz baja pronuncié algunas palabras rápidamente para calmar su agitacion, apelando á su generosidad.

—Por Dios, tened ánimo, os lo suplico. No sabeis el daño que me estais causando. ¿Quereis que al pensar en vos pierda tambien en este momento el poco valor que me resta? Podeis y debeis tranquilizaros, siquiera por compasion hácia mí.

Dibujóse en su rostro una sonrisa preñada de lágrimas, más conmovedora que un sollozo, y dejó caer sobre mi brazo su cabeza, que rechacé con un movimiento casi brutal, porque la doncella volvia hácia nosotros en aquel instante. Llegamos á la puerta de la habitacion en el momento en que se extinguia mi valor.

—Buenas noches, señora—la dije inclinándome, y, por miedo á que cometiera una imprudencia, ni la dí la mano ni me atreví á mirarla. La puerta se cerró detrás de ella. Su desaparicion, formando el vacío á mi alrededor, prodújome la sensacion que se experimenta al frio contacto de la muerte. Gracias á un violento esfuerzo vencí aquella debilidad, y la sensacion de mi dicha, suspendida un instante, afluyó de nuevo como ola de fuego á mi corazon.

***

Revue des Deux Mondes.

(La continuacion en el próximo número.)

DON FERNANDO EL EMPLAZADO,

ÓPERA EN TRES ACTOS,

DE DON VALENTIN ZUBIAURRE.

Corria la primavera del año de gracia de 1866, y casi aún *duraba de Mayo la estacion florida*, cuando uno de esos dias en que más convida la naturaleza al perezoso madrileño á solazarse y echar una cana al aire por esos campos de Dios, tropecé, por mal de mis pecados, entre otros papelotes que habia sobre mi mesa, con un billete que la Direccion del Conservatorio tenia la galantería de enviarme para que asistiese á los ejercicios de concurso al premio de composicion. Confiésote, querido lector, que mi primera idea fué enviar á paseo, no sólo á mi persona, que de ello tenia ganas, sino á la misma diosa Euterpe, que indirectamente parecia obligarme á trocar las anchuras del campo por un recinto cerrado por cuatro paredes, y el puro y balsámico ambiente del Retiro, punto objetivo de mis proyectos estratégicos, por la viciada atmósfera que produce la reunion, siempre numerosa, que á los tales concursos suele asistir. Pero nobleza obliga, dice un antiguo mote; y esto de llamarse uno aficionado, aunque lo sea de tres al cuarto, como por desgracia lo soy yo, suele traer sus compromisos, entre los cuales creí ver el de cambiar mis planes; á lo cual, confiésote lector amigo, me inclinaba tambien la casi tradicional costumbre de asistir á esos certámenes desde que empezaron á verificarse. Hice, pues, de la necesidad virtud, y sacando fuerzas de flaqueza, encaminé mis pasos al salon del Conservatorio: llegué, acomodéme lo mejor que pude, y me dediqué á cumplir mi mision de oyente con toda la buena fe de que un hombre es capaz. Ni yo me acuerdo, ni á tí, caro lector, te importa, quiénes fueron los discípulos que al concurso se presentaron, ni las obras que allí se oyeron; basta para el caso presente decirte, que desde luego me llamó la atencion las composiciones de uno de ellos, que tanto en el motete religioso como en el concertante dramático (que en ámbas cosas consistia el ejercicio) probaba, á mi ver, sólidos conocimientos de armonía y contrapunto, y originalidad en las ideas. Habíame deparado la suerte al lado, un jóven que, por el interés con que oia las tales piezas, comprendí que estaba en el secreto de quién era su autor, no porque las gentes del Conservatorio hubiesen faltado á su casi sacramental sigilo, sino porque, tal vez, el padre de la criatura le habria dado tales pelos y señales de ella, que no fuese difícil dar con la pista y conocerla. Como mis aplausos se unieron á los suyos, el buen hombre trabó muy luego conversacion conmigo; y á las pocas palabras que cambiamos ví que tenia que habérmelas con un *euskáro* de tomo y lomo, ó, como por acá decimos, con un *turris eburnea* de los piés á la cabeza.

—Veo, y me alegro,—dijo,—que le han gustado á V. estas composiciones.

—Hombre, si, — le contesté; — me parece ver conocimientos sólidos en la parte técnica y científica de la composicion; veo la bastante originalidad para suponer que, andando el tiempo, puede ser su autor un compositor de provecho, y en el todo de estos trabajos creo ver tambien el sello del maestro que le ha enseñado. No arriesgaria gran cosa,—añadí,—en decir, que tras de las hojas de esas partituras se descubren las puntas de la sotana de nuestra gloria musical, el maestro Eslava.

—Ha adivinado V., — me replicó, — si, como creo, lo que acabamos de escuchar es obra de mi paisano y amigo Valentin Zubiaurre.